

AZUCAR, NEGROS Y SOCIEDAD EN LA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVI

Por Frank Moya Pons

AUNQUE LA INDUSTRIA AZUCARERA empezó a desarrollarse como tal a partir del gobierno de los Padres Jerónimos, se sabe que desde 1506 había en la Concepción de La Vega un vecino de nombre Aguilón que había fabricado unos instrumentos con los cuales preparaba rústicamente algún azúcar que era consumido por personas de la localidad. Las cañas que Aguilón utilizaba eran descendientes de las primeras introducidas en la Española por Cristóbal Colón durante su segundo viaje y que fueron plantadas en la Isabela demostrando sus inmensas posibilidades de desarrollo y adaptación al clima de la Isla. El negocio de Aguilón parece haber sido bueno, pues en 1514 el Alcalde de la Concepción, Miguel de Ballester, también se animó y empezó a construir un pequeño trapiche para fabricar azúcar y venderla en esa ciudad. Con todo, la mayor parte del azúcar tenía que ser importada de España y de las Islas Canarias, pues la producción de la Concepción apenas daba para el mercado local y nada más. El alza de precios que sufrió el azúcar en Europa a partir de 1510 fue percibida por los vecinos de la Española y estimuló a otro vecino llamado Gonzalo de Velloso a construir un ingenio en la costa sur de la Isla para aprovechar la cercanía del mar y el puerto de Santo Domingo y para exportar el producto. Esta idea de Velloso demostró que si se quería invertir fondos en la construcción de ingenios, éstos debían ser establecidos cerca de Santo Domingo, donde había facilidades de transporte y donde, también, residía la mayor parte de élite de la Colonia que se había enriquecido con el negocio de las minas y las encomiendas en los años anteriores. La ciudad de Santo Domingo era para 1520 el único sitio donde quedaban vecinos suficientemente enriquecidos como para invertir

grandes capitales en la construcción de ingenios y era también el verdadero centro administrativo y político de la Isla, pues a medida que los indios y el oro se fueron agotando, las demás ciudades y villas y los lugares fueron despoblándose, llegando incluso a desaparecer dos de ellas y fundirse las poblaciones de otras para facilitar la supervivencia de los vecinos.

Fue, pues, en Santo Domingo donde surgió la mayor parte de los inversionistas azucareros, pues su cercanía con los principales administradores de la Colonia les permitió obtener préstamos para ayudar al financiamiento de sus ingenios con relativa facilidad. Ahora bien, a juzgar por la lista de las personas que recibieron esos préstamos, solamente se beneficiaron de los mismos aquellos individuos que ya pertenecían desde hacía años al grupo oficial ligado a Pasamonte y a los Jueces de Apelación desde los tiempos en que se formaron los bandos políticos en el gobierno de Diego Colón. De manera que la industria azucarera sirvió de soporte económico para asegurar la continuidad del poder de los grandes encomenderos, quienes sin tardanza trasladaron sus fortunas de las minas a los ingenios. La política de los Padres Jerónimos fue continuada por su sucesor, Rodrigo de Figueroa, quien a mediados de 1520 comunicaba a la Corona que los encomenderos ya habían construido seis molinos, tres de los cuales se encontraban produciendo azúcar. Esos primeros ingenios utilizaron mano de obra esclava compuesta por los pocos centenares de indios que quedaban y por varios centenares de negros esclavos que desde 1518 estaban siendo importados para sustituir a los indios en la realización de las tareas físicas que la economía de la Isla iba a necesitar en el futuro. Las primeras noticias de un embarque de azúcar hacia el exterior datan de 1521 y se sabe que al año siguiente se exportaron unas dos mil arrobas más, que al precio de dos ducados la arroba representaron unos beneficios muy altos que prometían amortizar prontamente el capital invertido.

Fue precisamente lo lucrativo de este negocio lo que movió a las gentes principales de la Colonia a embarcarse de lleno en el mismo. Se sabe que Miguel de Pasamonte, el Tesorero; Juan de Ampies, el Factor; Diego Caballero; el Secretario de la Audiencia; Antonio Serrano y Francisco Prado, dos importantes regidores de Santo Domingo; Esteban Justinián, mercader genovés; Cristóbal de Tapia, Veedor; Francisco de Tapia, Alcaide de la Fortaleza de Santo Domingo; Lope de Bardecí, gran encomendero; Jácome de Castellón, negociante de esclavos indios; Hernando de Gorjón, gran encomendero de Azua; Alonso Dávila, regidor; Francisco de Tostado, Escribano de la Audiencia, y el mismo Diego Colón, que regresó con

su flamante título de Virrey en 1520; todos estos hombres principales construyeron ingenios, además de otros más que invirtieron en la construcción de esos molinos y trapiches unas veces como socios de los ingenios mencionados y otras veces como accionistas de compañías más amplias que tenían hasta cuatro miembros. Así en 1527 ya había en la Isla 19 ingenios y 6 trapiches funcionando a plena capacidad y enviando sus azúcares al puerto de Santo Domingo, los del sur, o exportando directamente por Puerto Plata los dos que fueron construidos en esa región. Un ingenio era un molino que funcionaba utilizando fuerza animal, generalmente bueyes o caballos. La mayor parte de esos ingenios y trapiches fueron construidos en las riberas de los ríos Ozama, Haina, Nizao, Nigua, Ocoa, Vía y Yaque del Sur, haciendo de esta zona de la Isla la región productora de la mayor parte del azúcar de la Colonia.

La industria azucarera seguiría desarrollándose más todavía a partir de 1527, pero entretanto la Colonia había venido sufriendo una transformación radical en casi todos los aspectos de la vida social, económica y política. En vista de que para sembrar, cultivar y cortar la caña hacía falta gran cantidad de trabajadores, los Padres Jerónimos habían aceptado las sugerencias de los colonos en el sentido de obtener de la Corona el permiso para importar negros bozales al fiado, esto es, negros salvajes sacados directamente de Africa para ser pagados poco a poco, a medida que el negocio del azúcar se fuera desarrollando. Los Padres Jerónimos así lo hicieron y sus proposiciones fueron aceptadas por Carlos V, quien interesado en favorecer a uno de sus cortesanos le otorgó licencia al Gobernador de Bresa, Lorenzo de Gramenot, para que pudiera importar hasta 4,000 negros esclavos a la Española y pudiera venderlos allí a los que construían molinos de azúcar. Gramenot, desde luego, no pensaba dedicarse directamente al negocio y vendió los derechos de esta licencia a una compañía de genoveses de la cual era accionista el mismo Tesorero Real en España en la suma de 25,000 ducados, lo cual da una idea de la magnitud del negocio y de los precios que iban a costar los negros una vez llegados a Santo Domingo. Esos genoveses, de la Casa Centurión, fueron bastante ligeros en proveer de negros a los ingenios de la Española, tanto que aun antes del período fijado para introducirlos todos, colocaron en el mercado la mayor parte de la mano de obra que se necesitaba. Sin embargo, pese a que esa licencia implicaba el otorgamiento de un monopolio por ocho años, Carlos V no dejó por eso de favorecer a otros amigos cortesanos y miembros de la oligarquía colonial de la Española concediéndoles el derecho de importar por sus propios medios diversas cantidades de negros que oscilaban entre una docena y cuatrocientas piezas. Así,

poco a poco fue poblándose la región sur de la Isla, en los lugares donde había ingenios, de negros esclavos, cuyo costo por cabeza oscilaba entre los 90 y los 150 pesos, lo cual obligaba a los dueños de los ingenios a dispensarles un tratamiento que aunque los obligara a trabajar a plena capacidad, no los matara como a los indios, para no perder de esta manera la inversión.

Al mismo tiempo que se poblaba la tierra con nuevos grupos de negros, se producía en la población española de la Isla el fenómeno inverso. La mayor parte de la gente blanca, que ya estaba convencida que el oro era un sueño de otro tiempo y que si no tenía capital acumulado no podría sobrevivir, siguió emigrando con mucho mayor intensidad que antes, después de la crisis de precios provocada en la Española por la falta de mercancías provenientes de España debido a la revuelta de los Comuneros en 1520 y debido, sobre todo, a las inflamantes noticias que empezaban a llegar desde Cuba anunciando que en México se habían descubierto nuevas tierras inmensamente pobladas de indios en donde había una abundancia de oro nunca imaginada. Tan grave resultó ser la emigración de gente blanca desde la Española que ya en 1528 habían desaparecido 5 pueblos y los que quedaban, que eran la Concepción, Santiago, Puerto Real, Higüey, Azua, San Juan de la Maguana, Santa María del Puerto, Salvatierra de la Sabana y la Yaguana, apenas reunían entre todos unos 200 vecinos que eran unas 1,000 personas, además de las 3,000 que aproximadamente residían en la ciudad de Santo Domingo. Esto era muy grave para la gente que se quedaba, puesto que todavía se recordaba la rebelión de negros ocurrida en diciembre de 1522 y, además, existía un estado de guerra declarada contra unos doscientos indios acaudillados por el cacique Enriquillo en las montañas del Baoruco, de donde bajaban y azotaban los centros de población española en el sur de la Isla. Por esta razón la Corona, a petición de las autoridades de la Isla, incluso llegó a castigar con la pena de muerte en 1526 la salida de gente española de la Colonia. Con todo, esa prohibición no alcanzó el fin buscado pero, no obstante, la gente siguió emigrando.

El resultado de estos acontecimientos fue el comienzo de un proceso de ruralización en la vida social de la Colonia. Los ingenios pasaron a ser los más importantes centros de población y también los más importantes centros de producción económica en la Isla. Esto trajo como consecuencia, asimismo, una notable descentralización del poder político, puesto que cada uno de los señores de ingenio fue convirtiéndose poco a poco en el verdadero foco de autoridad en la

región donde se encontraba su molino. Esto, unido a la ausencia de un gobernador estable entre los años 1523 y 1528, consolidó definitivamente el poder de los dueños de ingenios, pues el mando político de la Colonia estuvo después de la salida de Diego Colón de la Isla, en 1523, en las manos de los Oidores de la Real Audiencia, quienes eran al mismo tiempo dueños de ingenios que vivían comprometidos con los intereses de este grupo social reducido y poderoso. Cuando el Obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal llegó en 1528 como Presidente de la Real Audiencia y Gobernador de la Colonia con instrucciones de salvaguardar y defender los intereses reales, ya el grupo del azúcar se encontraba completamente estructurado y poseía intereses que chocarían eventualmente con la política económica de la Corona española empeñada en mantener un monopolio absoluto en sus colonias en el Nuevo Mundo. Pero, entretanto, la Corona seguía interesada en fomentar al máximo el desarrollo de la industria azucarera, lo cual sólo podía conseguir protegiendo los intereses del grupo del azúcar hasta donde fuera posible. Por esa razón, en 1529, la Corona expidió una ley por cuyo medio estableció que ningún ingenio podía ser embargado ni ejecutado judicialmente por las deudas contraídas por sus dueños, lo que vino a reforzar la ya privilegiada posición de los señores de ingenio, quienes habían obtenido anteriormente la exoneración de impuestos en la importación de todas las maquinarias necesarias para la construcción de sus molinos, así como la exención del pago de los diezmos eclesiásticos que constituían una pesada carga fiscal para cualquier ramo de la producción. Otros privilegios acordados por la Corona a los dueños de ingenios fueron el derecho de patronato sobre los curas y las capillas existentes en sus predios, así como el derecho de mayorazgo sobre sus bienes y propiedades, de manera que los ingenios pasaran indivisos de padres a hijos sin que la muerte de los primeros llevaran a la quiebra las industrias en razón de pleitos por conflictos sucesorales. Lo único que la Corona no llegó a conceder, porque Carlos V lo consideró excesivo, fue la petición de los señores de ingenio en 1538 para que les fueran dispensados blasones nobiliarios que les otorgaran privilegios similares a la gran nobleza española de la época. Carlos V probablemente tenía en mente la traición de algunos nobles durante la Revuelta de los Comuneros años atrás, así como las enormes dificultades que confrontaba día tras día durante esos años con una nobleza desobediente y ambiciosa en Alemania.

La única ciudad que no sintió inmediatamente el peso de la emigración de gente española hacia Mexico y Perú en las décadas de 1520 a 1540 fue Santo Domingo, en razón de que a través de ella era

por donde llegaban los técnicos canarios y portugueses que venían a trabajar en los ingenios azucareros y por donde llegaban, también, y se subastaban los centenares de negros que periódicamente traían ora los genoveses, ora los alemanes, ora los portugueses a quienes la Corona española concedió licencias sucesivamente para dedicarse con exclusividad a ese negocio. El puerto de Santo Domingo se mantenía bullicioso y pujante día tras día a medida que los ingenios se multiplicaban y la producción de azúcar aumentaba, pues desde allí se exportaba el azúcar producido en el sur de la Isla. A esta ciudad iban a disipar los solteros que trabajaban en los ingenios y a visitar sus prostíbulos instalados legalmente a partir de 1526. En Santo Domingo, asimismo, había mercaderes gruesos ligados a grandes casas comerciales y bancarias sevillanas, alemanas, genovesas y portuguesas que actuaban a través de terceras personas para escapar de las prohibiciones contra el comercio de extranjeros impuestas por España y que buscaban por su parte comprar azúcares, cueros, cañafístolas y sebos, vendiendo a cambio, a muy subidos precios, innumerables mercancías que eran importadas periódicamente en las naves que venían de Sevilla a cargar esas materias primas. Un documento de 1528 menciona 33 mercaderes radicados en Santo Domingo en esa fecha, todos dependientes, de un modo o de otro, de las grandes casas de Sevilla que ejercían un monopolio abusivo sobre el comercio y la navegación con las Indias Occidentales. Sin embargo, a pesar del monopolio que hacía subir los precios, en las calles de Santo Domingo se veían las gentes enriquecidas vestir las sedas, tafetanes, bordados y brocados muy caros importados a través de España de otras partes de Europa, y en las casas señoriales de los ingenios, así como en las principales casas de los mercaderes, se consumían alimentos y bebidas importadas a seis veces más su precio original. Casi nadie quiso dedicarse a otras actividades alejadas de la producción de azúcares, la ganadería y la recolección de campeche y cañafístolas en la Española durante esos años, porque esas eran las actividades que proporcionaban los recursos que podían ser cambiados por esas mercancías que hacía la vida más cómoda y llevadera en Santo Domingo. Así, la vida siguió discurriendo alrededor de los ingenios y del muelle de Santo Domingo durante varias décadas, hasta que las circunstancias cambiaron.

Los ingenios eran al mismo tiempo una plantación y una industria. Requerían el cultivo y corte de grandes cantidades de caña y era necesario un acre de caña para producir 5 toneladas de azúcar, esto es, 80 arrobas. Un ingenio producía aproximadamente unas 125 toneladas por año o lo que es lo mismo unas 10,000 arrobas por año, y se sabe que había ingenios poderosos que producían más de esa

cantidad todavía. La tierra del ingenio estaba dividida en tres: una parte se dedicaba al cultivo de la caña, otra al cultivo de yuca y otros víveres necesarios para alimentación de los negros y la otra al corte y recogida de leña para los calderos. Todo el trabajo ligado a la tierra era realizado por los esclavos negros que eran supervisados por capataces españoles o por negros o mulatos libres que habían ganado la confianza del señor. El molino era manejado por los llamados "maestros del azúcar", generalmente de origen canario, italiano o portugués, que habían sido contratados ganando muy altos salarios, pues en las Islas Canarias había una larga tradición azucarera, lo mismo que en Sicilia. En 1535 había 200 portugueses trabajando en los ingenios. El trabajo de estos técnicos era el más delicado de todos pues de ellos dependía la calidad final del producto. Sin embargo, hay noticias de que con el tiempo hubo negros que fueron adentrándose en los secretos del arte de hacer azúcar y pasaron a trabajar como especialistas en esas labores. También se sabe de muchos negros que aprendieron oficios muy necesarios dentro de la organización interna de la producción azucarera entre ellos hubo carpinteros, herreros, caldereros, hacheros, aserradores, encajadores, carreteros, preñeros, moledores, purgadores, además de las mujeres que trabajaban como cocineras, lavanderas y hortelanas o como sirvientas en la casa de la familia del señor del ingenio. Había ingenios como el de Melchor de Torres que llegaron a tener una población esclava de hasta 900 negros, pero en general su número era variable y oscilaba entre los 60, que era al parecer la cifra mínima, y los 500, en ingenios más grandes. La multiplicación de los ingenios y trapiches hasta llegar a unos 35 en 1548 y la continua introducción de esclavos para hacer frente a la creciente necesidad de mano de obra infló grandemente la población negra en la Española. Melchor de Castro, en 1546, afirmó que los negros debían llegar a unos doce mil contra una población blanca que no pasaba de las cinco mil personas.

Esta diferencia demográfica ya hacía años que estaba produciendo sus efectos en la vida de la Colonia, pues con tan poca población española era muy difícil mantener un control demasiado estricto sobre las masas de trabajadores en los ingenios y los negros continuamente se escapaban de los ingenios huyendo hacia los montes en donde se juntaban con los que hablaban su misma lengua o procedían de tribus cercanas a las suyas en Africa. Como se sabe el alzamiento de negros era cosa usual dondequiera que eran utilizados como mano de obra esclava por los europeos. Los pocos negros esclavos que fueron introducidos como sirvientes por algunos acompañantes de Ovando se escaparon y no volvieron a ser atrapados jamás, según lo comunicó el mismo Ovando a la Corona en 1503.

Cuando en 1515 y años subsiguientes se discutía en la Española la necesidad de importar negros esclavos para utilizarlos en los propuestos ingenios azucareros, hubo sugerencias de vecinos que aconsejaron que los esclavos que fueran introducidos se sacaran directamente de Africa y no de los que ya había en algunas ciudades de España, pues éstos conocían muy bien el castellano y podían comunicarse entre sí para urdir tramas y levantarse contra los españoles. Los negros ya occidentalizados eran llamados *ladinos* para diferenciarlos de los que se sacaban directamente de sus tribus en Africa, que eran llamados *bozales*. Pero con todas estas precauciones, los negros que fueron importados por los genoveses a quienes Gramenot vendió su licencia en 1518 también resultaron peligrosos porque pertenecían a una tribu famosa por su orgullo y altivez reacia a aceptar maltratos y trabajos pesados la tribu de los *gelofes*. Además, el hecho de que entre ellos existiera una lengua común facilitó la conspiración que estalló en rebelión en diciembre de 1522 en los ingenios del Almirante Diego Colón y de Melchor de Castro.

Esta rebelión fue prontamente reprimida después que los negros se dirigieron a los alrededores de Azua y Ocoa con el ánimo de estimular a otros esclavos de los ingenios de esas regiones a seguirlos, posiblemente hacia el Baoruco, donde se encontraban alzados desde 1519 el cacique Enriquillo y su gente. Sin embargo, la represión no logró detener los alzamientos individuales que por falta de policía se producían continuamente, pues es sabido que en 1533 cuando Enriquillo convino en volver a convivir con los españoles había muchos negros viviendo en el Baoruco, los cuales siguieron siendo perseguidos por los españoles que utilizaban ahora guías indios facilitados por Enriquillo. Y era que esos negros alzados, lo mismo que lo habían sido los indios de Enriquillo durante toda la década de 1520, constituían un peligro para la vida y el desenvolvimiento de los ingenios del sur de la Isla, pues los merodeos continuos y los robos de ganados a los vecinos que habitaban en hatos de los alrededores hacían todavía más difícil la vida en una región que cada día se despoblaba más y perdía sus caminos bajo la vegetación que crecía por falta de tránsito. Además del peligro para las vidas y haciendas de los campos del sur, la guerra del Baoruco también resultó ser un motivo de gran irritación para la mayor parte de los habitantes de Santo Domingo, pues a partir de 1523 en que se declaró formalmente la guerra a Enriquillo, las autoridades impusieron un impuesto a los precios de la carne que elevaron aún más el alto costo de la vida para con su producto cubrir los gastos de las patrullas militares que eran enviadas continuamente a perseguir a los indios alzados y a los negros

cimarrones. Los más afectados por el impuesto fueron los residentes en la ciudad de Santo Domingo, esto es, mercaderes, artesanos y gente común que no producía carne y no poseía ganados y se veía obligada a pagar altos precios por un artículo tan abundante. Existen noticias de las protestas de estos grupos y de lo impopular del impuesto, así como de la misma guerra que, cuando llegó a su fin, había costado la suma de 34,000 pesos aproximadamente, una cantidad de dinero bastante alta para la época.

Sin embargo, a juzgar por las noticias de años subsiguientes, los negros del Baoruco no fueron del todo exterminados, pues en 1537 se menciona la existencia de un grupo de negros alzados —cimarrones— comandados por un líder que respondía al nombre castellano de Juan Vaquero que andaban por las sierras del sur y asaltaban a los españoles de los alrededores esporádicamente. Los alzamientos continuaron sucediéndose durante los años posteriores a esa fecha, pues en 1542 el Arcediano de la Catedral, Alvaro de Castro, escribía al Consejo de Indias diciendo que él creía que debían haber de 2,000 a 3,000 negros alzados en el Cabo de San Nicolás, en los Ciguayos —esto es, la región comprendida entre Río San Juan y Nagua—, en la Punta de Samaná y en el Cabo de Higüey. La cifra sorprende por lo alta, pero hubo gente como Girolamo Benzoni, un viajero italiano que pasó varios meses en la Isla, que la creyó ascendente a 7,000 negros cimarrones en ese año. Como quiera que fuese, lo cierto es que esos negros alzados una vez se encontraban libres procuraban agruparse con aquellos otros que hablaban su propia lengua y pertenecían a su propia tribu o a tribus emparentadas. A juzgar por estas informaciones esos grupos de cimarrones vivían en “naciones” con una organización social y económica propia y hasta con un sistema fiscal ideado para mantener a los jefes que los dirigían. Socialmente se conducían de acuerdo con los patrones culturales de las regiones africanas de donde procedían y trataban de vivir conforme a sus propios modos de organización familiar recreando también sus propias formas de vida religiosa y política. Su mantenimiento lo extraía de los robos que cometían contra los pequeñísimos poblados españoles del interior de la Isla o contra los ingenios o contra los habitantes de los hatos que encontraban a su paso. En vista de que esos actos se sucedían continuamente, en poco tiempo se desarrolló entre ellos y entre los diversos grupos un intenso comercio de mercancías y objetos robados y llegaron incluso a utilizar negras libres llamadas *ganadoras* con el encargo de ir a Santo Domingo a negociar los productos de esas actividades. A medida que pasaba el tiempo el miedo entre la población crecía, pues existía la seguridad entre los blancos de que,

debido a la superioridad numérica de los negros, no estaba lejos el día en que toda la Isla llegaría a estar sometida a ellos si no se ponía remedio a la situación.

Para impedir esta eventualidad fue nombrado Gobernador y Presidente de la Real Audiencia el Licenciado Alonso de Cerrato en 1543. La situación en que encontró la Isla era de un miedo tal que la población blanca no se atrevía a salir a los campos si no era en partidas de quince o veinte personas armadas, pues los negros también andaban armados de lanzas y otras armas arrancadas en el curso del tiempo a los españoles que robaban o mataban. Se calculaba que en el Baoruco solamente había unos 300 hombres y mujeres y que en los alrededores de La Vega merodeaba otro grupo de unos cuarenta a cincuenta negros cubiertos con cueros de toro, al igual que los del Baoruco. Según las informaciones el temor aumentó cuando se alzó otro grupo de esclavos en San Juan de la Maguana que se unió a un jefe cimarrón de la zona llamado Diego de Guzmán y asaltaron el poblado dejando en la lucha un español y dos esclavos muertos, además de una casa de purga de un ingenio incendiada. La reacción de Cerrato y los demás españoles fue bastante rápida, por la siempre presente conciencia del peligro de un alzamiento general de los doce mil negros que se decía había en la Isla. Las autoridades enviaron cuadrillas de hombres armados al Baoruco, donde entablaron combate y pudieron matar a Guzmán y otros 18 cimarrones más. Un español fue muerto y otros 16 resultaron heridos. El resto de los negros se internó huyendo en las montañas y detrás de ellos se envió una patrulla de gente de a pie y de a caballo con dos capitanes con órdenes de no regresar hasta no haber terminado con ellos. En La Vega, entretanto, había tenido lugar otra ofensiva contra los cimarrones. Cerrato trató de acabar con el predominio que por diez años había mantenido un jefe negro llamado Diego del Campo y lanzó contra él y su gente una cuadrilla de españoles. Los negros huyeron al Baoruco no sin antes pasar por Azua y San Juan de la Maguana donde quemaron casas de purga de los ingenios. Aunque se intentó posteriormente llegar a un acuerdo de paz con estos grupos, los españoles adujeron que el mismo había sido violado por los negros y recrudecieron las persecuciones logrando atrapar muchos de ellos que fueron ahorcados, asaeteados, quemados o castigados a perder cercenados los pies. Tan efectiva resultó esta batida que Diego de Campo finalmente se sintió acosado y se refugió en la casa de un hidalgo residente en Puerto Plata, desde donde pidió perdón y se ofreció entonces a perseguir a sus antiguos compañeros a cambio de su vida. Los españoles aceptaron el trato y con tan valiosa ayuda pudieron hacer grandes daños a los cimarrones.

Ya en junio de 1546, Cerrato podía escribir a la Corona que "lo de los negros cimarrones está mejor que ha estado de veinte años a esta parte." Y no mentía.

Esas campañas militares costaron bastante dinero y para sufragarlas hubo que volver a poner impuestos a la carne y a otras mercancías, aumentando todavía más el ya prohibitivo costo de la vida en Santo Domingo. Así, con el desagrado de todos, los precios de la harina subieron hasta valer 70 castellanos la pipa; el vino, 40 castellanos la pipa; una carga de casabe de dos arrobas, 2 castellanos, y una fanega de maíz, si se hallaba, 2 castellanos. Las otras mercancías importadas de España llegaban a valer hasta seis veces más que en Europa y los fletes costaban ahora de cuatro a cinco veces más de lo que costaban antes, debido a la peligrosidad de la navegación en el Mar Caribe por la presencia de corsarios en sus aguas. Por un momento pareció como si las cimarronadas iban a volver a surgir, al comenzarse en 1548 la persecución de un jefe negro llamado Lemba que desde hacía más de quince años se encontraba alzado en la región de Higüey y a quien seguían unas 150 personas. Sin embargo, pese a la huida de estos cimarrones montados a caballos, finalmente fueron atrapados dándoseles muerte a fines de septiembre de 1548. Con todo, a pesar de la efectividad de las armas españolas, hubo otros que pudieron escapar uniéndose a un nuevo grupo de quince o veinte que ahora assolaba la región de la Vega nuevamente, pero que no llegaría a asumir las proporciones de sus antecesores.

Pese a lo que se ha sostenido insistentemente en algunos libros de historia, las cimarronadas no arruinaron ni afectaron decisivamente la producción de la industria azucarera. Las estadísticas de datos recogidos en archivos españoles demuestran que, a pesar de la inquietud existente en la Isla durante todos estos años, los comerciantes de Santo Domingo y los señores de ingenio siguieron exportando azúcar hacia España unas veces directamente hacia Sevilla, otras, vía Puerto Bello, en Panamá. Se sabe ya a ciencia cierta que entre 1536 y 1565, que son casi treinta años, entraron y salieron del Puerto de Santo Domingo y otros puertos de la Isla 704 navíos que traían mercancías y manufacturas y llevaban a su regreso sus bodegas cargadas de los productos de la tierra: azúcar, cueros, cañafístolas, guayacán y sebo, entre otras cosas. Es cierto que algunos dueños de ingenios se quedaron cortos de capital por diversas causas durante el período y tuvieron que ceder o vender sus ingenios a los empresarios más grandes y también es cierto que hubo unos

pocos casos en que pequeños molinos desaparecieron debido más a la incapacidad técnica y administrativa de sus propietarios o gerentes que a los alzamientos. En realidad lo que fue ocurriendo con el tiempo fue la concentración de los ingenios en las manos de cada vez menos personas, pero siempre personas ligadas de un modo o de otro a los negocios oficiales de la Colonia. De acuerdo con la lista de los dueños de ingenios preparada por Oviedo en 1548, de los veinticinco molinos que él dice que producían azúcar en la Isla en ese momento 20 pertenecían a individuos ligados al cabildo de Santo Domingo o al gobierno de la Colonia. De acuerdo con la Relación del Oidor Echagoian, escrita en 1568, había en ese año unos 30 molinos funcionando en la Isla y la mayoría se encontraba en manos de los descendientes de sus fundadores que se agrupaban en los cabildos, sobre todo en el de Santo Domingo, para defender sus intereses. En este último año de los 12 regidores del Cabildo de Santo Domingo, 9 eran dueños de ingenios y tenían un poder económico no igualado por ningún grupo social en la Colonia. Con excepción quizás de algunos mercaderes, económicamente fuertes, y de los Oidores de la Real Audiencia, políticamente respetables, los señores de ingenio eran los dueños de todo el poder económico, de todo el poder político local y los dispersadores del poder social en la Colonia. Ese poder estaba, desde luego, ligado directamente a la magnitud de los negocios que se derivaban del volumen de la producción azucarera, que se mantuvo en niveles muy altos por lo menos hasta los años posteriores a la invasión de Drake en 1586. Estadísticas elaboradas por Piere y Huguette Chaunu en su majestuosa obra *Seville et l'Atlantique* muestran que el azúcar exportado desde la Española a Sevilla entre 1568 y 1587 alcanzó las siguientes cantidades:

AÑO	ARROBAS
1568	6,960
1569	47,250
1570	62,070
1571	51,570
1581	44,130
1583	31,110 v. Lugo
1584	42,150 1582
1585	180
1587	10,350
TOTAL	<hr/> 295,770

Estas cifras son parciales y corresponden a registros encontrados por los Chaupu, pero dan una idea sobre el vigor de la industria azucarera en la Española en la segunda mitad del siglo XVI. Otras cifras de los años 1603 a 1607, extraídas de un documento sacado del Archivo General de Indias y publicadas por J. Marino Incháustegui en su colección de *Reales Cédulas y Correspondencia de Gobernadores de Santo Domingo*, III, 861-863, también muestran que todavía a principios de siglo XVII la industria azucarera de la Española luchaba por mantener los anteriores niveles de producción:

AÑO	ARROBAS
1603	13,451 y 24 1/2 lbs.
1604	6,961
1605	8,438
1606	10,000
1607	4,220
<hr/>	
	43,070 (más otras cantidades no consignadas)*

Producir todo ese azúcar requería la utilización de gran cantidad de trabajadores esclavos, que, de acuerdo con las informaciones de esos años, eran los que hacían todos los trabajos de la Isla. Según el Oidor Echagoian el total de los negros de la Colonia que trabajaban en los ingenios, las estancias y en el servicio doméstico en la ciudad para sus amos llegaba a 20,000 en el año 1568, cifra que parece verosímil si se recuerda que Echagoian escribió su Relación contestando un cuestionario enviado por la Corona para dar cuenta de la situación de sus colonias en el Nuevo Mundo. Ese alto número de negros puede explicarse en función de varias razones. Una de ellas fue que desde 1526 la Corona había dispuesto que en cada partida de esclavos importados a la Española un tercio fuera de hembras que eventualmente se aparearían o casarían con los varones y ayudarían a su multiplicación. Esa orden fue cumplida en varias ocasiones. Otra razón fue el contrabando de negros que desde los primeros días de la industria azucarera alarmó grandemente a la Corona y que no

*La reducción de 1607 puede deberse a destrucción de ingenios de la Yaguana y Puerto Plata.

obstante los obstáculos que quisieron oponérsele continuó durante todo el siglo XVI. Otra razón estaba en la continua importación y aunque es cierto que hubo años en que se sentía una merma en su disponibilidad se debía a que los dueños de ingenios en connivencia con algunas autoridades reexportaban el excedente de mano de obra de sus ingenios hacia Honduras y otras partes de Tierra Firme y Centroamérica donde lo vendían ganando treinta y cuarenta pesos por pieza. La reexportación nunca afectó la población trabajadora de los ingenios, compuesta de hombres y mujeres, y por ello encontramos tan alto número de negros en 1568 y años posteriores mencionados en las fuentes.

Lo que sí afectó la población negra de la Isla fueron las enfermedades que cobraron cuerpo de epidemia en los años siguientes a la invasión de Drake en 1586. Según informes en esos días hubo "grandes pestilencias en los negros con muerte de más de la mitad de los que había," lo cual provocó una crisis de mano de obra en los ingenios que sirve para explicar una de las tres importantes causas que afectaron la industria azucarera y motivaron su declinación muy a finales del siglo XVI y a principios del siguiente. La otra causa que impidió que la industria azucarera siguiera desarrollándose en la Española fue la competencia que desarrollaron los ingenios cada día más numerosos que se construyeron en México a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI, y que al llegar el año 1600 pasaban de ochenta, la mayoría de los cuales eran más grandes que los de Santo Domingo y poseían un mercado asegurado por la continuidad de la transportación en las flotas semestrales de Veracruz y por el bajo costo de los fletes que les daban una gran ventaja sobre los azúcares de la Española generalmente impedidos de salir con regularidad y con altos costos de transportación debido a los seguros marítimos que elevaban el precio de los embarques. Esta fue la principal razón de la declinación de la economía azucarera de Santo Domingo, y no la incapacidad de compra de España, como se ha dicho en algunos libros de historia, pues además de México también Perú y luego Cuba, en el siglo XVII, desarrollaron una poderosa industria azucarera que encontró un fácil y ventajoso mercado en España y en Europa a través de los intermediarios de la Península. La tercer importante causa de la declinación de la industria del azúcar en la Española fue el desarrollo del cultivo del jengibre que comenzó a producirse en grandes cantidades a partir de 1581 para su exportación hacia Europa, donde obtenía mejores precios que el azúcar. Este cultivo también necesitaba gran número de esclavos, y los mismos, naturalmente,

empezaron a ser puestos a trabajar en las estancias de jengibre, sacándolos temporalmente de los ingenios donde su falta hacía disminuir la producción de azúcar. A partir de 1581 la utilización de la mano de obra esclava oscila entre los ingenios y las estancias de jengibre, pero, a medida que el precio de este último producto aumentaba, los esclavos fueron siendo dedicados casi exclusivamente a la explotación de esas estancias, tanto, que ya en 1607, para mencionar la última estadística disponible, se producían en la Isla unos 17,261 quintales de jengibre que valían unos 103 millones de maravedises. Tan lucrativo e importante era el negocio que también en ese año había mucho menos esclavos trabajando en los ingenios de azúcar que en las estancias de jengibre. Según el censo de octubre de 1606, de los 9,648 esclavos que había —pues más de la mitad de los veinte mil que mencionaba Échagoian habían muerto después de la invasión de Drake—, solamente 800 trabajaban haciendo azúcar en los ingenios, y el resto, 6,742, lo hacía principalmente en estancias de jengibre y en estancias de casabe y de maíz. Una pequeña cantidad, 88 esclavos, nada más, era dedicada al servicio doméstico.

OBRAS DE CONSULTA

- Bastide, Roger. *Las Américas Negras*. Madrid: Alianza Editorial, 1967.
- Benzoni, Girolamo. *History of the New World*. London: Hakluyt Society, 1857
- Chaunu, Pierre et Huguette. *Seville et l'Atlantique*. Paris: Armand Colin, 1958.
- Chevalier, François. *Land and Society in Colonial Mexico*. Berkeley: University of California Press, 1970.
- Echagoian, Licenciado. "Relación de la Isla Española Enviada al Rey D. Felipe II". *Boletín del Archivo General de la Nación* XIX (Diciembre, 1941), 441-461.
- Incháustegui, J. Marino. *Reales Cédulas y Correspondencia de Gobernadores de Santo Domingo*. Vols. I-III. Madrid: Gráficas Reunidas, 1958.
- Lugo, Américo. *Historia de Santo Domingo 1556-1608*. Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1952.
- Moya Pons, Frank *La Española en el Siglo XVI*. Santo Domingo, UCMM 1971
- Ortíz, Fernando. *Cuban Counterpoint. Tobacco and Sugar*. New York: Vintage Books, 1970.
- Otte, Enrique. "Carlos V y sus Vasallos Patrimoniales de América". *Clío* CXVI (Enero-Junio, 1960), 1-27.
- Oviedo, Gonzalo Fernández de. *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1851.

Palm, Erwin Walter. *Los Monumentos Arquitectónicos de la Española*. Vol. I. Ciudad Trujillo: Universidad de Santo Domingo, 1955.

Ratekin, Mervyn. "The Early Sugar Industry in Española". *Hispanic American Historical Review* XXXIV (February, 1954), 1-19.

Saco, José Antonio. *Historia de la Esclavitud de la Raza Negra en el Nuevo Mundo*. La Habana: Cultural, S.A., 1938. 4 vols.

Utrera, Fray Cipriano de. *Historia Militar de Santo Domingo*. Documentos y Noticias. Vol. I. Ciudad Trujillo: Tipografía Franciscana, 1951.

Vásquez de Espinosa, Antonio. *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*.

Wright, Irene, "The Commencement of the Sugar Cane Sugar Industry in America 1519-1538 (1563)". *American Historical Review* XXI (July, 1916), 755-780.